

El Oratorio de San Felipe Neri de Valencia (1645-1837)

JUSTIFICACIÓN

Lo primero que nos sorprendió cuando iniciamos la investigación fue la ausencia de uno de los grandes protagonistas de la historia eclesiástica española de los siglos XVII y XVIII, el Oratorio de San Felipe Neri. Congregación clerical de derecho pontificio fundada en 1575 en la romana Santa María in Vallicella de la mano del florentino Felipe Neri y cuyas constituciones serían confirmadas por el papa Paulo V 37 años después, con el breve *Christi fidelium*. Se trataba de un grupo de sacerdotes seculares unidos entorno a su fundador, con el que vivían para practicar la caridad, la instrucción de los jóvenes, la predicación o la música sagrada. En ningún caso el nuevo instituto siguió el modelo tradicional de las órdenes centralizadas, sino el de una comunidad que pudiera ser imitada en otros lugares del orbe católico por sus frutos. Las nuevas fundaciones, pues, serían independientes entre sí, autónomas, es decir, sin generales ni provinciales, eligiendo cada cual un superior o prepósito. Sus congregantes no hacían votos ni profesaban regla particular, bastándoles residir un trienio en ellas para ser considerados miembros de las mismas.

Desde luego, no se entiende semejante vacío historiográfico, siendo además España una de las plazas decisivas en el proceso de consolidación y expansión universal de este instituto, que desde Valencia se extendería a lo largo y ancho de la Monarquía hispánica: Villena, Madrid, Cádiz y Murcia.

Poco es cuanto se sabía al inicio de la tesis sobre los oratorianos valencianos detrás de estas fundaciones e incluso modelo y ejemplo para algunas iberoamericanas. Ciertamente, una primera aproximación al tema será la de G. Marciano, cuyo volumen quinto de sus *Memorias históricas del Oratorio* estaría dedicado a este primer oratorio hispánico y a sus promotores. La obra en cuestión se basa en buena medida en la biografía que sobre don Luis Crespí de Borja, alma máter de los filipenses a este lado de los Pirineos, dedicó en 1676 el padre Tomás de la

* Tesis doctoral dirigida por Emilio Callado Estela, defendida el día 15 de julio de 2021 en la sede de la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. El tribunal estuvo compuesto por Amparo Felipo Orts (presidenta), Miguel Navarro Sorní, Javier Burrieza Sánchez, Vicente Pons Alós (vocales) y Jesús Ignacio Catalá Gorgues (secretario). Contó con la financiación de un contrato predoctoral FPI CEU-UCH del Programa de Doctorado en Humanidades.

Resurrección. Aunque alejada temporalmente de la génesis de la congregación valentina, se editó en el siglo XIX, sigue siendo una obra de referencia cuando se inquiere sobre la institución filipense valenciana.

Por lo tanto, más allá de este impreso de Marciano, no podemos más que establecer que la cuestión de la fundación y afirmación del Oratorio valenciano se ha tratado de manera secundaria y sin la profundidad que merecía; teniendo en cuenta la relevancia en la sociedad valenciana y española, tanto de la propia fundación oratoriana como de aquellos que protagonizan su creación y arraigo.

Desde entonces hasta ahora, poco es cuanto se ha escrito sobre el tema. Deben mencionarse eso sí los meritorios trabajos al respecto de Emilio Callado Estela, bien sobre los orígenes de la congregación o sus vínculos con la universidad. No menos interesantes resultan los estudios biográficos dedicados al citado Crespí de Borja y al también oratoriano Domingo Sarrió. También se ha interesado por el asunto, sobre todo desde una perspectiva más espiritual, Francisco Pons Fuster. Otros autores han realizado puntuales incursiones sobre el particular, como Vicent Escartí, Antonio López o Amparo Felipo Orts. Los dos primeros aportando una visión filológica y literaria de algunos de los oratorianos locales. La segunda, profundizando en la trayectoria vital de otros.

Un último grupo de aportaciones reseñables para el conocimiento de esta congregación en Valencia serían las de los bibliófilos V. Ximeno, J. Pastor Fuster y J. Rodríguez. La del primero, consta de dos volúmenes que, aunque dedicados a los escritores del reino de Valencia en su conjunto, incluyen entre sus páginas a algunos de los integrantes más destacados del Oratorio en Valencia. Es interesante consultar el índice de esta obra, en tanto en cuanto realiza una clasificación de los autores por su profesión. Enumera por orden jerárquico a los presbíteros de la Congregación de San Felipe Neri, desde arzobispos, pasando por canónigos y llegando a los pavordes. Entre ellos encontramos a algunos de los más preeminentes oratorianos de la congregación valenciana. En el mismo estilo podemos enmarcar las obras de los otros dos autores. Ambas son compilaciones de escritores notables del reino y ciudad de Valencia. La edición de Pastor Fuster es relevante por la revisión que hace de la de Ximeno, a la que añade datos y rectificaciones. En cuanto a la publicación de Rodríguez resalta por su incorporación de escritores extranjeros. Los dos trabajos, al igual que el de Ximeno, son una fuente inestimable de datos biográficos y bibliográficos de personajes vinculados al Oratorio valentino. Por último, cabe destacar también la colección redactada por Teixidor, dedicada a la historia del reino de Valencia, obra inconclusa. Si bien aporta pocos datos sobre la institución valenciana, contiene en su tomo segundo una somera explicación de la Congregación de San Felipe Neri de Valencia.

METODOLOGÍA

Ante tal estado de la cuestión, el método de investigación utilizado en estos años de trabajo se basó en la compilación de fuentes de diferente género, de su lectura y posterior análisis. La indagación se basó en tres ítems: Iglesia, sociedad y cultura. Tanto los manuscritos como la bibliografía tienen, por lo tanto, variada naturaleza y procedencia. Bien es cierto que, perdido para siempre el archivo histórico del Oratorio de San Felipe Neri de Valencia, hemos tenido acceso al menos al de la congregación romana, donde poco ha sido cuanto nos ha sido de provecho. Y lo mismo podría decirse de los fondos conservados en el Archivo Apostólico Vaticano. Entre los nacionales, se han consultado el de la Corona de Aragón, Simancas e Histórico Nacional. En el de Aragón lo más reseñable son la bula papal de autorización de fundación y la donación y patronazgo del arzobispo Urbina. De los valencianos ha resultado fundamental el Archivo del Reino de Valencia, donde con motivo de la Desamortización aparece parte de la documentación desaparecida a la que antes se aludía: la mayoría de testamentos de nuestros protagonistas, el inventario de todos los bienes muebles e inmuebles que se desamortizaron, las obras pías de las que eran beneficiarios los filipenses y una relación clara de personajes y cargos. Junto a éste hay que citar el Archivo Diocesano de Valencia, en el que se han hallado la mayoría de las partidas bautismales de nuestros protagonistas. Y, en menor medida, el de la Universidad de Valencia, donde se han rastreado los expedientes académicos de muchos oratorianos.

Muchas han sido también las bibliotecas históricas consultadas, desde la Histórica de Valencia, pasando por la de la Facultad de Teología y la de la Universidad de Valencia, todas ellas decisivas para localizar infinidad de impresos, obras en muchos casos de los protagonistas que copan estas páginas. Y por supuesto, la bibliografía más apropiada para cada caso, ya sea clásica o moderna. A todo ello se añadió la participación en jornadas, simposios y congresos. De estos resultaron artículos y comunicaciones relacionados con el tema de la investigación.

OBJETIVO

Así las cosas, el objetivo principal de la tesis fue entrar en profundidad en la historia del Oratorio valentino de San Felipe Neri en su conjunto, desde los orígenes del mismo a mediados del siglo XVII hasta su pública desaparición mediado el Ochocientos. Y se hará a partir de tres grandes apartados, cada uno de ellos estructurados en diferentes capítulos. El primero se iniciará con un recorrido por

la vida de san Felipe Neri, desde su infancia y juventud en Florencia hasta su llegada a Roma. En la ciudad del Tíber, se profundiza en la aparición de la vocación del florentino, a partir de la que comenzarán sus primeras misiones a la Santísima Trinidad. A continuación, se abordarán los orígenes del Oratorio y de la comunidad que surgirá entorno a Neri, cuyo fallecimiento y canonización también se tratarán antes de examinarse las reglas que habían de regir su congregación. Y, por último, la expansión de esta.

La segunda parte del trabajo se centra ya en la congregación del Oratorio de Valencia. Veintisiete años después de su muerte, Felipe Neri sería canonizado junto a cuatro españoles: santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier y san Isidro Labrador. Se recibiría tal acontecimiento en la Corte española con satisfacción y alegría. Más júbilo produjo la elevación a los altares, del ya santo Felipe Neri, en Valencia. Así lo corroboran las celebraciones que se llevaron a cabo en la capital del Turia y la obra *Vida y hechos milagrosos de san Felipe Neri, clérigo florentin fundador de la Congregación del Oratorio*, redactada por el dominico Luis Bertrán ese mismo año. Ambos, los festejos y la publicación, fueron patrocinados por el compatriota de Neri Paulo Antonio Giuliani, residente en la misma ciudad.

Se recoge además en este mismo capítulo la creación de esta primera fundación oratoriana en los dominios de la Monarquía hispánica, partiéndose de las diferentes intenciones no exentas de dificultades y polémicas. La principal era obtener el capital necesario para la fábrica de la iglesia y de la casa que debía acoger la nueva institución. Otro inconveniente surgiría de la obtención de las licencias necesarias para su fundación, y más cuando en toda España se miraba con cierto recelo a tan novedosa comunidad. Se hablará también del patronazgo arzobispal y real y de la posterior confirmación mediante bula papal, que no llegaría hasta el 24 de febrero de 1656. Con el patrocinio del arzobispo, el patronato real y la bula de Alejandro VII, la consolidación del Oratorio de Valencia se hizo realidad. Afianzamiento sustentado en las mismas constituciones aprobadas en Roma hacía décadas. Normas que habían de regir la vida del instituto en tierras del Turia. Mientras tanto se empezaba a desarrollar su apostolado entre mujeres y jóvenes, entregándose a la práctica de las misiones.

Se tratan al tiempo las distintas fundaciones que, con origen en la sede valentina, se dan a lo largo y ancho del territorio peninsular. De este modo, en 1651, de la mano del oratoriano valenciano Gaspar Tahuenga, veía la luz la congregación de Villena, segunda creada en España. Unos años más tarde, en 1660, don Diego Liñán, primer prepósito electo en Valencia, instauraría en Madrid el instituto filipense. Sería requerido don Diego también en Cádiz. Él habría de

fundar, de un modo u otro, las congregaciones de Sevilla y Lisboa. De la siguiente centuria ya serían las fábricas de Murcia, Palma de Mallorca y Córdoba, dirigidas por el pavorde Juan Bautista Vergé, personaje principal del Oratorio de Valencia.

A la par irá conociéndose, en este segundo apartado, a los fundadores del nuevo instituto. Entre los que encontramos al noble don Felipe Pesantes y Boil, al tiempo prepósito de la congregación local. Junto a él estaba don Miguel Cervelló, insigne caballero también atraído por la vida religiosa. Un tercer seguidor de san Felipe Neri fue don Francisco Sorell, hermano del conde de Albalat, canónigo de la catedral y arcediano de Játiva. Cerraba este grupo de pioneros don Juan García Artés, que llegaría a ser obispo de Orihuela. Todos ellos compartían idéntico deseo: la erección de un oratorio a imagen y semejanza del de Roma.

Se tratarán también las relaciones de tales con el contexto social que les rodea, en concreto con el mundo femenino y juvenil, lo que permitirá ahondar en las mentalidades de estos primigenios promotores.

El Oratorio valenciano además conocerá una gran expansión, asunto que también se explicará. Y tras el crecimiento, la consolidación y la posterior decadencia. Ocaso que comenzará con la guerra de Sucesión. Precisamente, durante la estancia del archiduque Carlos en la capital del Turia se manifestarían las simpatías de algunos oratorianos por el Habsburgo. En concreto las del canónigo Ramón Mascarell y el beneficiado Miguel Sánchez, o las del entonces obispo de Segorbe don Antonio Ferrer y Milán, presente en las ceremonias de bienvenida al citado don Carlos. Por el contrario, otros congregantes predicarían desde el púlpito a favor del Borbón, como fue el caso del ya nombrado pavorde Juan Bautista Vergé. También, habría oratorianos represaliados con la llegada del nuevo régimen borbónico, como el pavorde Gaspar Fuster. No obstante, Fuster pudo trocar su pena por un destino bastante más digno, como ordinario de las diócesis italianas de Brindisi y Sassari.

La congregación del Oratorio de San Felipe Neri en Valencia no solo sobrevivió a la guerra y sus consecuencias, sino que además daría síntomas de su vitalidad impulsando en 1722 una reforma de sus instalaciones tradicionalmente atribuidas a Tomás V. Tosca. Aunque, según un protocolo notarial localizado durante esta investigación, la vinculación del susodicho Tosca a las obras no habría pasado de mero testigo.

Escasa información se encuentra en las fuentes consultadas sobre el Oratorio de San Felipe Neri en Valencia a partir de dicha reedificación. Ni siquiera con la guerra de Independencia que inauguró el siglo XIX se amplía, más allá de la alguna anotación en relación con la ocupación que de la congregación hicieron las tropas napoleónicas durante 1812 y, con ella, la destrucción de la

biblioteca, los documentos que albergaba y el exilio de parte de los oratorianos, que no regresarían hasta bien entrado el año 1814. Tendríamos que llegar a la década de los treinta de la susodicha centuria y a la desamortización de los bienes eclesiásticos llevada a cabo por el ministro Mendizábal para retomar nuestro relato.

Efectivamente, los filipenses valencianos no se salvaron de este embate general contra las órdenes e institutos religiosos de toda índole. Hasta el último de los bienes del Oratorio fue confiscado, conforme se detalla en su *Inventario de fincas y censos, muebles y efectos de la Casa Congregación de San Felipe Neri de Valencia*. Por tal documento tenemos descripción de nuestro establecimiento durante aquellos días. Por la documentación analizada, sabemos también que el 16 de marzo de 1835, según reza una anotación del *Libro de Actas de la Congregación (1813-1835)*, los oratorianos se reunirían por última vez antes de que sus instalaciones fueran cerradas.

Se desconoce el destino de los bienes muebles e inmuebles del Oratorio valenciano. Posiblemente, tierras y casas agrupadas en lotes se encomendaron a las comisiones municipales, acabando en manos de terceros. Algo más, por el contrario, sabemos del destino de los libros y papeles del Oratorio. Parte de tales hemos localizado en la actual Biblioteca de la Facultad de Teología de Valencia, procedentes a su vez del antiguo seminario. Otros recalarían en el convento del Temple. También en el Archivo Diocesano constan varios legajos. El resto acabarían perdidos para siempre.

Entretanto, el edificio que acogía a la congregación filipense y su iglesia quedarían abandonadas durante un tiempo. La Comisión de Armamento y Defensa decidiría posteriormente almacenar allí todo el trigo existente en los pósitos. Por su parte, los parroquianos de la antigua iglesia de Santo Tomás decidieron trasladarse a la del Oratorio el 10 de diciembre de 1836, conforme consta en la escritura que obra en nuestro poder. En el resto de las instalaciones filipenses acabaría asentándose el Colegio de Distinguidos para oficiales del Ejército. Serviría después de cuartel. Y finalmente se demolió. Las columnas de su claustro se arrojaron para relleno del bastimento de la prolongación del muelle de Levante del puerto del Grao.

Nada se ha encontrado tampoco sobre el destino de los últimos congregantes que en aquellos días habitaban la Casa. Apenas algunas noticias de la biografía de don Narciso Cros, último prepósito y testigo del inventario de todos los bienes de la Institución. Era el fin, en resumen, del Oratorio de San Felipe Neri en Valencia. La parte final del trabajo se dedica a la primera generación de oratorianos valencianos: don Luis Crespi de Borja, Felipe Pesantes y Boíl, Luis

Escrivá Zapata, Juan Jerónimo Pertusa, Bartolomé Paces, Gaspar Tahuenga, don Juan Jerónimo Vives Vich y Diego Liñán. También conforman la inicial nómina de filipenses los obispos José Vergé, Antonio Ferrer y Milán y Gaspar Fuster. Se sumaron a aquellos primeros congregantes predicadores de la talla de Gaspar Blas Arbuixech, el arcedian Juan Bautista Ballester y el pavorde Antonio Buena-ventura Guerau. Y aumentaron aquel grupo de hijos de Neri protagonistas de la historia eclesiástica valentina el venerable Domingo Sarrió, Francisco Climent, el padre Tosca o el canónigo Ramón Mascarell, entre otros muchos. De todos ellos se compondrán sus biografías con todo lujo de detalles. En menor medida, se hará lo propio con otros muchos correligionarios a fin de ofrecer una prosopografía de los integrantes de la Congregación de Valencia.

El último capítulo del trabajo está dedicado a breves apuntes biográficos del casi centenar de presbíteros y hermanos legos que pasaron por el instituto valentino desde su fundación hasta su desaparición.

CONCLUSIONES

En definitiva, la creación en Valencia de la primera congregación del Oratorio en la Monarquía hispánica es la base de esta tesis. Queda demostrado que desde que es elevado a los altares Felipe Neri, la devoción por el nuevo santo y el interés por su institución llegó a Valencia. No en vano aquí será donde se publicará la primera biografía de Neri en castellano, escrita por el dominico fray Luis Bertrán Marco y sufragada por el florentino Paulo Antonio Giuliani. Posiblemente ambos constituyeran una avanzadilla de la figura y obra del padre de los oratorianos en territorio hispánico. Testigo recogido tiempo después por un grupo de hombres devotos y de buena posición social, vinculados muchos de ellos a los ambientes del franciscanismo descalzo.

Los obstáculos y reticencias mostradas por institución tan novedosa, sin embargo, dificultaron su establecimiento en Valencia, empezando por las más altas instancias diocesanas. No sería hasta la incorporación a aquel inicial corpúsculo de don Luis Crespí de Borja cuando se consolidaría el proyecto. Crespí, junto a los nuevos congregantes, logró hacer realidad la fundación a mediados del siglo XVII.

A ello contribuyeron varias circunstancias. Particularmente la desaparición del hasta entonces arzobispo del lugar fray Isidoro Aliaga y su sustitución por el franciscano Pedro de Urbina, pro-oratoriano desde sus tiempos al frente de la Iglesia de Coria y cuyo patrocinio acabaría convenciendo al monarca de la con-

veniencia de sumar a los hijos de Neri a cuantas religiones se habían establecido ya en la Monarquía. Tanto más influirían en el ánimo del rey las gestiones del todopoderoso vicescanciller del Consejo de Aragón don Cristóbal Crespí Valldaura, hermano del *alma mater* de la congregación valentina, epicentro en breve de la irradiación de los filipenses por toda la península.

El Oratorio de Valencia, pues, se convirtió en el primero de España, independiente como el resto de congregaciones, de todas las demás que empezaban a levantarse a lo largo y ancho del orbe católico y gobernadas con unas mismas constituciones, que regularían hasta el último detalle en la vida de sus miembros, desde el vestido y el comportamiento en la mesa a las lecturas, la oración, la predicación, la enseñanza y la atención a los necesitados, estandarte estas últimas del nuevo establecimiento, cuya popularidad crecería como la espuma durante las décadas siguientes, tanto por la posición social, vínculos y contactos de quienes la integraban como del proselitismo llevado a cabo en determinados colectivos, como el de las mujeres, con las que mantenían una actitud ciertamente contradictoria, que se movería entre la captación y el rechazo. Pero, sobre todo, el entusiasmo mostrado hacia los jóvenes en general y los universitarios en particular. En efecto, una de las plazas fuertes de captación de fieles para el Oratorio en Valencia fue el *Estudi General*, por cuyas aulas pasaron, se formaron y enseñaron las primeras generaciones de filipenses, con notables e importantes figuras en aquel claustro.

Desde luego, sin el predicamento de la congregación en ambos colectivos, difícilmente este nuevo instituto habría alcanzado el éxito absoluto gozado en la capital del Turia, al menos hasta comienzos del Setecientos. Posiblemente, la guerra de Sucesión, a cuyas divisiones y enfrentamientos fratricidas tampoco escaparon nuestros religiosos, marcaría un punto de inflexión. Aquellos filipenses, desde las más altas instancias, no se mantuvieron al margen de dicho conflicto sucesorio y su actitud afectaría al Oratorio en su conjunto, siendo un reflejo de la sociedad que les acogía.

Decadencia que confirmarán las noticias, cada vez menos y de menor calado, llegadas desde entonces hasta nuestros días. Quizás las nuevas formas de religiosidad surgidas al calor de la Ilustración no acompañaran mucho al Oratorio, que pese a algunos síntomas de vitalidad no haría sino languidecer con el discurrir de los años.

A pesar de todos estos impedimentos que fueron encontrando los filipenses a lo largo de su andadura en Valencia, la nómina que compuso la Congregación de San Felipe Neri fue extensa y variada. Entre padres y hermanos legos, más allá de un centenar. Aunque de muchos de ellos solo se tiene un sucinto apunte.

El siglo XIX resultó catastrófico para los filipenses valencianos. Primero fue la guerra de Independencia, que daría al traste la incorporación de nuevos miembros, obligando también a muchos de los veteranos a abandonar sus instalaciones, la mayoría para no regresar jamás. Además, parte de la casa e iglesia del Oratorio perecería a manos de los franceses. Se centrarían los daños en la biblioteca de la congregación. El incendio que arrasó los volúmenes que allí se albergaban posiblemente ha impedido que se encontraran más datos de los que han llegado hasta nuestros días. Más tarde llegaría el tiro de gracia con la desamortización llevada a cabo por los gobiernos liberales. No sin antes inventariar de forma exhaustiva todos los bienes pertenecientes al Oratorio. Documento que arroja luz sobre cuál fue la infraestructura del edificio que albergaba la congregación y de su contenido, que se da por perdido. Acontecimiento el de la exclaustación que disgregaría todavía más, no solo los muebles e inmuebles, sino también a los propios congregantes.

Con todo lo anterior, literalmente, se pondría punto final al instituto filipense, pese a su condición secular, que de nada le sirvió para sobrevivir a la contemporaneidad, desapareciendo definitivamente.

Juan Miguel BLAY MARTÍ

Universidad Cardenal Herrera-CEU de Valencia
jmbm2110@gmail.com